

Juan

Comentario expositivo del Evangelio de Juan

Timoteo Glasscock

Índice

Introducción	9
I. El prólogo: el Verbo eterno encarnado (1:1-18)	23
2. La presentación de Jesús (1:19-4:54)	37
3. Las polémicas de Jesús con los judíos (5:1-6:71)	99
4. La persecución de Jesús por los judíos (7:1-12:50)	135
5 La preparación de los discípulos (13:1-17:26)	229
6. La pasión de Jesús (18:1-19:42)	313
7. Las prioridades de Jesús resucitado (20:1-21:25)	343

El prólogo: el Verbo eterno encarnado

Juan 1:1-18

Capítulo 1

La manera como Juan comienza su evangelio nos llama la atención por ser tan distinta de lo que encontramos en los demás evangelios. Mateo, interesado en la presentación de Jesús de Nazaret como el Mesías esperado, comienza con una genealogía que recalca la relación entre Jesús, David y Abraham. Marcos, empeñado en comenzar cuanto antes su relato, introduce su evangelio con una frase inicial identificando al protagonista central para hablarnos acto seguido del ministerio de Juan el Bautista. Lucas emplea cuatro versículos para comentarnos acerca de las fuentes y la fiabilidad de su narración antes de hablarnos de Zacarías y Elisabet. Juan, sin embargo, nos presenta un prólogo que nos lleva a la eternidad antes de la creación del universo, con el fin de hablarnos de un ser que describe inicialmente como el Verbo (o la Palabra; el sustantivo en el texto griego original es *logos*), una frase que el evangelista emplea para hablarnos de Jesucristo. Es sumamente difícil encontrar en el castellano un término que traduzca adecuadamente la expresión griega. Aunque “Palabra” sería una traducción aceptable, “Verbo” tiene la ventaja de ser un término que, gramaticalmente, expresa acción, y es a este aspecto dinámico de Dios que se refiere Juan. El Verbo es Dios actuando, revelándose y dándose a conocer. En el

Juan

transcurso del prólogo aprendemos que cuando Juan emplea esta expresión, se está refiriendo a Jesucristo (1:17).

El Verbo en el principio (1:1-5)

La identidad del Verbo (vv. 1-2)

En el mundo de la filosofía griega, el término *logos* se refería al “principio de razón u orden inmanente en el universo, el principio que impone forma sobre el mundo material, y constituye el alma racional en el hombre”.⁶ El uso de *logos* en la filosofía griega para indicar “el alma del Mundo, el alma del Universo [...] un principio omnipresente, el principio racional del universo, una fuerza creadora”,⁷ aparece en los escritos de Heráclito (siglo VI a. C.) y el concepto fue desarrollado principalmente por la escuela filosófica de los estoicos, siempre desde una perspectiva de una racionalidad impersonal. Aunque el uso de esta expresión por Juan permitía que sus lectores griegos sintonizaran con su pensamiento, el trasfondo del concepto tal como lo emplea el evangelista ha de buscarse en las Escrituras del Antiguo Testamento, donde encontramos que la Palabra divina es más una acción que una idea.

El evangelio comienza con una frase que nos recuerda el inicio del primer libro de la Biblia, el libro de Génesis: “En el principio creó Dios los cielos y la tierra” (Gn. 1:1). La similitud es deliberada: de la misma manera que Génesis describe a Dios actuando en la creación, el evangelio nos hablará de Dios obrando en la redención y la nueva creación. El agente en ambos casos es la Palabra de Dios. En el relato de la creación, leemos: “Y dijo Dios... y fue así” (Gn. 1:6-7, 9, 11, 14-15). En distintas situaciones en el Antiguo Testamento, la palabra de Dios tiene las funciones de crear los cielos y la tierra (Sal. 33:6), de revelar la voluntad de Dios (Is. 38:4), de resaltar su

6 F. F. Bruce, *The Gospel of John* (Eerdmans, 1983), p. 29.

7 Leon Morris, *El Evangelio según Juan*, (CLIE, 2005), vol. 1, p. 151.

grandeza y gloria (Sal. 29:3-4), y de salvar a su pueblo de peligros y aflicciones (Sal. 107:20). La palabra de Dios es el medio por el cual él cumple sus propósitos de creación, revelación y salvación, y transmite la idea de Dios comunicando y actuando. Cuando Juan habla del Verbo, sin embargo, nos da a entender que no se refiere a un instrumento utilizado por Dios, sino a una Persona, el Agente de Dios, encargado de cumplir la misión de dar a conocer la sabiduría y la gracia de Dios, y de salvar y recrear a la humanidad caída. Emplea un concepto tomado de la filosofía griega y lo rellena de un contenido derivado de las Escrituras hebreas, con el fin de transmitir una verdad fundamental de la revelación cristiana. Cuando habla del Verbo, habla de Dios actuando y comunicando.

En el primer versículo del evangelio encontramos tres verdades acerca del Verbo. Primero, *es eterno*. Cuando comenzó el tiempo, “en el principio”, el Verbo ya estaba presente. Dios es “el alfa y la omega, el principio y el fin” (Ap. 21:6). El Verbo comparte este atributo esencial e incommunicable de la Deidad. Lo que la Escritura dice en sentido tipológico de Melquisedec (Heb. 7:3), es aplicable en sentido literal a Cristo: no tiene principio de días ni fin de vida. Jesús comparte plenamente la eternidad de Dios el Padre (Jn. 17:5, 24). En segundo lugar, *el Verbo es personal*. Juan no nos habla de algún principio o alguna fuerza impersonal, sino de un ser que “estaba con Dios”, y la frase original del texto griego indica una relación personal eterna, directa e íntima. Además, *es divino*, es uno con Dios (Jn. 10:30). Sin ambages, Juan afirma que “el Verbo era Dios” y, por lo tanto, ha de recibir la honra y la adoración que solo corresponden al Dios único (Is. 42:8).

La actividad del Verbo (vv. 3-5)

A continuación, el evangelista nos habla de las acciones llevadas a cabo por el Verbo. En primer lugar, *actúa creando* (v. 3). Dios es Creador de todo lo que existe, y el Verbo es el agente divino por medio del cual todas las cosas fueron creadas. Nos encontramos con

Juan

la verdad fundamental de la creación del universo por la Palabra de Dios (Sal. 33:6). Cristo es el mediador divino en la creación, el agente de la sabiduría divina (Pr. 8:30), una verdad que también se recalca en otros libros del Nuevo Testamento (Col. 1:16; Heb. 1:2). Se expresa esta realidad de forma tanto positiva (“Todas las cosas fueron hechas por medio de él”) como negativa (“sin él nada de lo que ha sido hecho, fue hecho”), para que no quede ningún resquicio de duda sobre ello. El Verbo ha creado todas las cosas que existen.

En segundo lugar, el Verbo *actúa vivificando* (v. 4a). Además de formar el mundo, el Verbo lo llena de vida (Gn. 1:11-25) y, en sentido específico y especial, dio vida a la humanidad (Gn. 1:26-27; 2:7). Dios es el Dios vivo y verdadero (1 Ts. 1:9), que tiene vida en sí mismo sin depender de ninguna fuente externa, e imparte vida a sus criaturas, que carecen de ella si no es Dios quien se la proporciona. Él ha compartido esta prerrogativa de dar vida con su Hijo Jesucristo, el Verbo de Dios (Jn. 5:26), y por ello Juan puede afirmar que “en él estaba la vida”, tanto física como espiritual. El Verbo dio vida a todos los seres vivos.

En tercer lugar, el Verbo *actúa iluminando* (vv. 4b-5). Al afirmar que “la vida era la luz de los hombres”, Juan anticipa otro de los grandes temas que se irán desarrollando a lo largo del evangelio. Jesucristo es la luz del mundo (8:12; 9:5), y la vida y la luz que emanaban eternamente de él disipaba la oscuridad espiritual que cubría el mundo desde la caída del hombre en el pecado. De la misma manera que en la creación “las tinieblas cubrían la superficie del abismo” hasta que Dios inundó el mundo con luz (Gn. 1:2-4), la luz que brilla en y a través del Verbo expulsa la oscuridad de la rebeldía y de la incredulidad en la que viven los seres humanos desde su destierro del Edén. La luz tiene más potencia que la oscuridad; donde está la luz, las tinieblas tienen que ceder. La luz de Cristo ofrece iluminación a todos, brilla en medio de las tinieblas y vence todo intento de la oscuridad para apagarla. El Verbo transmite la luz del conocimiento de la verdad a todos los seres racionales.

El Verbo y su proclamación (vv. 6-13)

El testimonio al Verbo (vv. 6-8)

Juan introduce una nota temporal y concreta en su relato con el fin de demostrar que los grandes conceptos espirituales de vida y luz que ha introducido no parten de la especulación filosófica, sino de una realidad histórica. A primera vista, extraña que, saltando lo que sería el orden cronológico de los sucesos, el apóstol introduce la figura del Bautista en este lugar de su argumento. El ministerio de Juan el Bautista viene tres décadas después del nacimiento de Cristo referido en el v. 14, y será analizado en detalle más adelante en este capítulo (vv. 19-34). Posiblemente su intención es recalcar que, para comprender el significado del Verbo de Dios, no se debe bucear en los escritos de los filósofos griegos, sino en los de los profetas de Israel, cuyo representante más destacado fue Juan el Bautista (Lucas 7:26-28). El evangelista nos llama a entender el significado del Verbo a la luz de la actividad profética del Antiguo Testamento, que llega a su punto culminante en Juan, el precursor de Cristo.

Como anticipo de la manifestación de la vida y la luz eternas en la esfera temporal del mundo y sus habitantes, apareció un hombre enviado de Dios, que se llamaba Juan. Siguiendo la línea marcada previamente por los evangelistas sinópticos, nuestro autor comenzará su relato del ministerio público de Jesús analizando el testimonio dado por el Bautista. Aquí quiere subrayar su importancia como testigo de la luz, preparando el camino para el amanecer que pronto tendría lugar. Su testimonio inicial sería luego reforzado por otros, los distintos testigos que aparecen en las páginas del evangelio: el Padre (5:39), el Hijo (8:14, 18), el Espíritu (15:26), las obras de poder (5:36; 10:25), las Escrituras (5:39) y los discípulos (15:27), incluyendo al mismo evangelista (19:35; 21:24).

Juan el Bautista llega a ser un modelo para los que estamos llamados igualmente a ser testigos de Cristo. Jesús se refirió a él con las palabras: “él era la lámpara que ardía y alumbraba” (5:35). No

Juan

era él la luz, pero permitió que la luz verdadera brillara a través de su vida y testimonio. El evangelista hace referencia a...

- 1) *Su misión* (v. 6): fue enviado por Dios para llevar a cabo el cometido de preparar el camino para Cristo, y realizó esta misión con una integridad absoluta. En muchas ocasiones el Señor Jesús hizo referencia a sí mismo como el enviado de Dios, el misionero que vino para cumplir el plan de salvación preparado por el Padre. Después de su resurrección, comisionó a sus discípulos para que continuaran con la misma tarea, con las palabras “Como el Padre me ha enviado, así también yo os envío” (20:21). Además del modelo que tenemos en el mismo Señor Jesucristo, el Bautista nos brinda otro modelo a seguir a la hora de cumplir nuestra misión de dar testimonio al Salvador y facilitar el encuentro de otros con él (Jn. 1:35-37).
- 2) *Su mensaje* (v. 7a): “Este vino como testigo, para testificar de la luz”. Juan buscaba siempre desviar la atención de sus oyentes de su propia persona hacia Jesús. En ningún momento quiso tener un gran protagonismo personal, sino que señalaba constantemente hacia Cristo. No se consideraba a sí mismo más que una voz predicando en el desierto e insistía en que era necesario que Jesús creciera, mientras él disminuía (1:23; 3:30). Su mensaje se centraba totalmente en el Señor Jesucristo, como debe ser el caso con nosotros también. Estamos llamados a afirmar con el apóstol Pablo, “Nosotros predicamos a Cristo crucificado” (1 Co. 1:23).
- 3) *Su meta* (v. 7b): “a fin de que todos creyeran por medio de él”. De la misma manera que Juan el evangelista escribió su evangelio para que sus lectores pudieran llegar a tener una fe personal en Jesucristo (20:31), el Bautista realizó su ministerio de predicar y bautizar con el fin de llevar a otras personas a la fe en Cristo por medio de su testimonio personal. “No era él la luz, sino que vino para dar testimonio de la luz” (v. 8). Este ha de ser el anhelo de todo discípulo del Señor. Como Juan, estamos llamados

a ser lámparas que brillan y arden en un mundo muy oscuro, iluminando la figura del Salvador para que otros le puedan conocer y acercarse a él para recibir la vida eterna.

El rechazo al Verbo (vv. 9-11)

Retomando el tema de la luz divina, el evangelista recalca la realidad de su presencia en el mundo (v. 9). ¿Se refiere a la luz de la revelación general, a través del universo creado y de la conciencia humana (Ro. 1:19, 20; 2:14-16), o a la revelación especial dada a Israel, que llegó a su punto culminante con la venida al mundo del Hijo de Dios en forma humana? Los comentarios previos acerca de Juan el Bautista sugieren que se habla de este segundo aspecto. En la persona de Jesucristo, y por medio de su encarnación, la luz verdadera llegaba al mundo con el fin de iluminar a toda la humanidad sin excepción.

La oferta de redención y reconciliación que Dios hace por medio de su Hijo amado se brinda a todos; nadie queda excluido. La luz de la revelación divina, que desplaza la oscuridad del pecado y de la incredulidad que ha marcado a los seres humanos desde la caída, irrumpió en el mundo con más fuerza que nunca con la llegada del Verbo (Jn. 8:12; 9:5). Sin embargo, la reacción general de la humanidad fue, y sigue siendo, de rechazo impenitente (v. 10). “La luz vino al mundo, y los hombres amaron más las tinieblas que la luz, porque sus acciones eran malas” (3:19). La expresión “mundo” en los escritos de Juan se utiliza con frecuencia para describir el colectivo de los seres humanos bajo el dominio de Satanás y organizado en rebeldía frente a los derechos de soberanía y gobierno de Dios (1 Jn. 5:19). Juan afirma aquí que la luz verdadera penetró en el mundo en la persona del Verbo, que el mundo (creado) fue hecho por él, pero que, ignorando sus derechos de Creador y Soberano Señor, el mundo (de los hombres) no le reconoció ni le recibió.

Esto fue verdad de manera especial en el caso de su propio pueblo, la nación judía (v. 11), que fue privilegiada al recibir una revelación única de Dios por medio de sus patriarcas y sus sacerdotes,

Juan

sus profetas y sus sabios, sus leyes y su historia. Sin embargo, la actitud de Israel hacia su Dios era de una rebeldía constante (Jer. 7:25-26) y cuando, en el cumplimiento del tiempo, el Verbo vino a lo suyo, a la propiedad que le pertenecía, los suyos mantuvieron este mismo patrón de conducta y no le quisieron recibir. La parábola de los labradores malvados ilustra gráficamente esta realidad y las consecuencias que produjo (Mc. 12:1-12). No obstante, lo maravilloso de la gracia de Dios se revela en el hecho de que, a pesar del odio del mundo y de su propio pueblo hacia el Hijo de Dios, y su rechazo de él sin miramientos, estos rebeldes seguían siendo objeto de su profundo amor (3:16).

La iniciativa del Verbo (vv. 12-13)

La actitud general de los hombres hacia el Verbo se caracterizó por la frialdad de los corazones endurecidos, pero había (y hay) excepciones. Algunos que fueron alumbrados por la luz verdadera le dieron una bienvenida calurosa y experimentaron como consecuencia un cambio radical en su situación personal. Su actitud positiva hacia la luz demostró que pertenecían al verdadero pueblo de Dios, no por cuestiones genealógicas de relación física, sino por una fe viva que hizo posible una relación espiritual con Dios. Como consecuencia de su deseo de dar entrada a la luz verdadera (Ap. 3:20), creyendo en su nombre, recibieron derechos y privilegios asombrosos, siendo admitidos a la familia de Dios.

Dada la situación social de un sector muy amplio de la sociedad de aquellos tiempos, sometido a una esclavitud onerosa en la que carecían de cualquier derecho o asomo de libertad, la posibilidad de llegar a formar parte de una familia, con los derechos correspondientes, significaría una bendición casi inconcebible. Si por añadidura esta familia es muy especial, al ser la familia del Padre celestial, los muchos marginados y desheredados que se convertían a Cristo se sentirían sin duda muy privilegiados. ¿Cómo obtener esta bendición gloriosa? Los verbos clave en este proceso son *recibir*,

creer y nacer. La iniciativa parte totalmente del Padre. Este nacimiento espiritual no es el producto de descendencia terrenal, iniciativas físicas o decisiones humanas, sino de la voluntad soberana de Dios. La incorporación en su familia tiene un *alcance universal*, en el sentido que es para *todos* que le reciben, ofrece un *privilegio maravilloso* y completamente inmerecido, el de ser hijos de Dios, y supone una *dependencia absoluta* de la gracia y el poder del Padre celestial, que nos hace nacer de nuevo por su Espíritu (Jn. 3:3-8).

El Verbo y su plenitud (vv. 14-18)

Los últimos versículos del prólogo dirigen nuestra mirada hacia el Verbo encarnado, la Palabra de Dios hecha hombre, y enfatizan la plenitud resultante de esta iniciativa divina. Jesús fue plenamente Dios y a la vez perfectamente hombre, lleno de gracia y verdad, y su plenitud estaba, y está, al alcance de todo aquel que le recibe y cree en su nombre.

La encarnación del Verbo (v. 14)

El evangelista ya ha constatado la venida del Verbo al mundo y su presencia entre los hombres (vv. 9-10). ¿De qué forma se hizo presente entre nosotros? El versículo 14 nos ofrece la respuesta a esta pregunta con cinco afirmaciones.

En primer lugar, *el Verbo asumió nuestra humanidad*, aunque sin pecado: “se hizo carne”. El eterno Dios se hizo semejante a los hombres (Flp. 2:7), “semejante a sus hermanos en todo” (Heb. 2:17). Se identificó con nuestra condición humana en todo menos nuestra rebeldía y desobediencia a Dios (Heb. 4:15). “Así que, por cuanto los hijos participan de carne y sangre, él igualmente participó de lo mismo” (Heb. 2:14). En los tiempos en que Juan redactó su evangelio, circulaba una falsa enseñanza llamada el docetismo, que afirmó que era imposible que Dios pudiera tomar forma humana. Como ser

Juan

espiritual santo, puro y perfecto, Dios no pudo tomar un cuerpo humano, por cuanto todo lo físico, en contraste con lo espiritual, era inherentemente malo. Por la tanto, insistían los defensores del docetismo, el cuerpo humano que aparentemente tenía el Hijo de Dios no era real, sino solo una ilusión.

Una variante de esta enseñanza fue propagada por un tal Cerinto, que distinguía entre Jesús el hombre y el Cristo, el Espíritu divino, que descendió sobre Jesús en su bautismo, pero que le abandonó antes de su muerte en la cruz. En su primera carta, el apóstol Juan rebate esta enseñanza, insistiendo en la humanidad real de Jesucristo, el Verbo de vida. “Lo que existía desde el principio, lo que hemos oído, lo que hemos visto con nuestros ojos, lo que hemos contemplado y lo que han palpado nuestras manos, acerca del Verbo de vida... lo que hemos visto y oído, os proclamamos también a vosotros...” (1 Jn. 1:1-3). En su evangelio, Mateo nos recuerda que Jesucristo es “Emmanuel, que significa: Dios con nosotros” (Mt. 1:23). La revelación divina llega a su punto culminante en un ser humano totalmente integrado en la historia y en la sociedad humana. “Cuando ‘el Verbo se hizo carne’, Dios se hizo hombre”.⁸

En segundo lugar, *el Verbo vivió entre los hombres* durante varias décadas: “habitó entre nosotros”. La palabra traducida “habitó” es literalmente “puso su tienda”, siendo el mismo verbo que se emplea en la Septuaginta (la traducción judía del Antiguo Testamento al griego) en Génesis 13:12 para describir cómo Lot fue poniendo sus tiendas hasta Sodoma. El sustantivo relacionado con el mismo verbo se traduce como “tabernáculo”. Dios quiso habitar en medio de su pueblo después de rescatarlo de la esclavitud en Egipto y durante su peregrinación por el desierto hacia Canaán. Para ello, mandó construir un santuario en forma de tienda o tabernáculo (Éx. 25:8). Más tarde, una vez que el pueblo de Israel se había asentado en la Tierra Prometida, y cuando reinaba Salomón, se construyó un templo, que reemplazó al tabernáculo y seguía representando la morada de

⁸ Bruce, p. 40.

Dios entre los hombres y el punto de encuentro de su pueblo con él. Las palabras del evangelista en este texto nos indican que la función del templo de Jerusalén había terminado y que, a partir del milagro de la encarnación, el punto de encuentro entre el hombre y Dios es Jesucristo, el Hijo de Dios y el Verbo eterno.

En tercer lugar, *el Verbo reveló su gloria*: “vimos su gloria”. Una y otra vez a lo largo del ministerio público de Jesús, sus seguidores pudieron vislumbrar aquella gloria: a través de sus señales (Jn. 2:11), en su transfiguración (Lc. 9:28-36; 2 P. 1:16-18) y supremamente en su muerte y resurrección (Jn. 12:16, 23; 13:31-32; 17:1, 5). Tanto al finalizar la construcción del tabernáculo (Éx. 40:34-35; Lv. 9:23) como cuando se inauguró el templo de Salomón (1 R. 8:10-11), la gloria del Señor llenó el santuario. Con mucha más intensidad todavía, la gloria de Dios se manifestó entre los hombres en su encarnación, su vida en la tierra y su muerte en la cruz, aunque tan grande es la ceguera de la humanidad que aquella gloria pasó desapercibida para la mayoría (2 Co. 4:3-4). La historia será muy distinta cuando el Hijo del Hombre vuelva en las nubes con gran poder y gloria, y todo ojo lo verá (Mc. 13:26; Ap. 1:7). Entonces, “la tierra se llenará del conocimiento de la gloria del Señor como las aguas cubren el mar” (Hab. 2:14).

Además, por esta revelación de su gloria, *el Verbo demostró ser el Hijo de Dios*: en él brillaba la “gloria como del unigénito del Padre”. Solo el Hijo de Dios, su Hijo único y amado (Gn. 22:2), pudo reflejar de forma tan nítida y resplandeciente la gloria del Padre. “En estos últimos días [Dios] nos ha hablado por su Hijo, a quien constituyó heredero de todas las cosas, por medio de quien hizo también el universo. Él es el resplandor de su gloria y la expresión exacta de su naturaleza” (Heb. 1:2-3).

Por último, *el Verbo estaba lleno de gracia y de verdad*, dos aspectos fundamentales del carácter de Dios Padre. Cuando Dios se reveló a Moisés a petición de este (Éx. 33:18), “pasó el Señor por delante de él, y proclamó: EL SEÑOR, el SEÑOR, Dios compasivo y clemente, lento para la ira y abundante en misericordia y verdad” (Éx. 34:6). Lo que Moisés

Juan

pudo vislumbrar durante un instante, se hizo visible plenamente en el Verbo encarnado. Jesucristo era la verdad personificada y en él la compasión, la bondad, el amor infinito y el poder transformador del Dios de toda gracia se manifestaron con toda su plenitud.

La misión del Verbo (vv. 15-18)

El prólogo se cierra dejando claro quién es la Persona que ha ocupado el lugar principal en esta introducción al evangelio y qué es lo que ha venido a hacer.

- 1) *Es el que cumple las profecías* (v. 15). Juan el Bautista había anunciado que venía Uno después de él, que sin embargo sería primero en relación con él, tanto en el tiempo (porque el Verbo era eterno) como en rango (porque ocupaba una posición mucho más elevada que él). Juan había dado testimonio de la luz verdadera; ahora ratifica que el Verbo encarnado es idéntico a aquella luz y a la figura en relación con la cual él actuaba como precursor. Juan era el mayor de todos los profetas (Lc. 7:26-28), pero El que venía después de él le superaba con creces.
- 2) *Es el que ofrece gracia en abundancia* (v. 16). El Verbo estaba lleno de gracia y de verdad, y, con su encarnación, puso aquella plenitud a disposición de todos los que quisieron recibirla. Dios “nos ha salvado y nos ha llamado con un llamamiento santo, no según nuestras obras, sino según su propósito y según la gracia que nos fue dada en Cristo Jesús desde la eternidad, y que ahora ha sido manifestada por la aparición de nuestro Salvador Cristo Jesús” (2 Ti. 1:9-10). Sobre la playa de nuestras vidas rompe ola tras ola de la gracia de Dios.
- 3) *Es el que introduce un nuevo orden* (v. 17). La ley divina que proveyó el fundamento para el pacto de Dios con el pueblo de Israel fue dada por medio de Moisés. La gracia abundante y la verdad suprema llegaron a un mundo envuelto en tinieblas por medio de Jesucristo. Con esta frase el autor por primera vez

señala abiertamente que el Verbo eterno y la luz verdadera son expresiones que señalan con claridad a Jesús de Nazaret, el Cristo y el Hijo de Dios, quien llegaría a inaugurar un nuevo pacto por medio de su sangre.

- 4) *Es el que revela al Padre* (v. 18). “Dios, habiendo hablado hace mucho tiempo, en muchas ocasiones y de muchas maneras a los padres por los profetas, en estos últimos tiempos nos ha hablado por su Hijo” (Heb. 1:1-2). Dios es espíritu y ningún ser humano jamás le ha visto (2 Ti. 6:15-16). Incluso ante la petición de Moisés de ver la gloria suya, el Señor respondió: “No puedes ver mi rostro; porque nadie puede verme, y vivir” (Éx. 33:20). Sin embargo, en los últimos momentos con sus discípulos antes de iniciar la etapa final de su camino hacia la cruz, el Señor responde a una petición de Felipe con las palabras: “¿Tanto tiempo he estado con vosotros, y todavía no me conoces, Felipe? El que me ha visto a mí, ha visto al Padre” (Juan 14:9).

El prólogo al evangelio sirve para advertirnos desde el inicio del relato que en el centro del mensaje del evangelio está Jesucristo, el Hijo eterno de Dios, el Verbo encarnado, quien vino del cielo para revelarnos al Padre y ser la fuente única de vida y luz, gracia y verdad. Ante la iniciativa del Padre de enviar a su Hijo al mundo, para poner en él al alcance de la humanidad caída estas maravillosas bendiciones, nos toca contemplarle a través del testimonio apostólico, recibirlo, creyendo en él, y experimentar la incorporación en la familia de Dios por medio del nuevo nacimiento, llegando a vivir de forma consecuente la realidad de ser hijos de Dios.

andamio

Libros para tu vida

La **misión** de Andamio es publicar y difundir literatura que, desde una perspectiva bíblica, contribuya al desarrollo integral de la persona, la iglesia y a la transformación de la sociedad.

Somos la editorial de los **Grupos Bíblicos Unidos** (GBU) y nacimos en 1987. Los GBU iniciaron su camino en el mundo de la literatura cuando un grupo de estudiantes universitarios puso en marcha (1974) una revista muy sencilla a nivel de producción, pero muy rica en contenidos. Desde ese comienzo un tanto “inesperado”, con pocos recursos pero con muchas ganas, hemos ido creciendo hasta el día de hoy.

Andamio ha sido y es el resultado del trabajo y **colaboración de muchas personas**, unido a la **ayuda de Dios** a lo largo de todo este camino.

COLOFÓN

andamio editorial

Alts Forns n° 68, sòt. 1º
08038 Barcelona. España
Tel. (+34) 93 432 25 23

libros@andamioeditorial.com
www.andamioeditorial.com

Andamio es la editorial de los Grupos Bíblicos Unidos en España, que a su vez es miembro del movimiento estudiantil evangélico a nivel internacional (IFES), cuya misión es hacer discípulos y promover el testimonio de Jesús en los institutos, universidades y centros de trabajo.

CORRECCIÓN
Miguel Llop

DISEÑO CUBIERTA E INTERIOR
Fernando Caballero

DEPÓSITO LEGAL
B. 3904-2022

ISBN
978-84-18961-26-7

IMPRESO EN ULZAMA
IMPRESO EN ESPAÑA

Juan
Timoteo Glasscock, 2022

Salvo que se mencione otra versión, las citas bíblicas corresponden a la Biblia de las Américas, edición de 1986.

No está permitida la reproducción total o parcial de este libro, ni su tratamiento informático, ni la transmisión de ninguna forma o por cualquier medio, ya sea electrónico, mecánico, por fotocopia, por registro u otros métodos, sin el permiso previo y por escrito de los titulares del *copyright*. Dirijase a CEDRO (Centro Español de Derechos Reprográficos, www.cedro.org) si necesita reproducir, fotocopiar o escanear algún fragmento de esta obra.

